

Historias de la copla

Por Carlos HERRERA



MIGUEL DE MOLINA

QUÉ necesidad tendrán los grandes mitos de morir. ¿Qué le pasa a una leyenda viva por el cuerpo cuando se sabe desaparecer? ¿Se les va de la boca el dulce gusto a trascendencia? ¿Se van sin importarles un pito lo que va a quedar escrito sobre ellos? No sé cómo fueron las últimas horas de Miguel; tal vez fueran como sus últimos años, solitarias, huidizas, misteriosas, acentuadas de equivoco; tal vez su muerte fuera la simple figura de un embozado tras un recodo, quizá estuviera agazapada tras la casa siempre cerrada de Belgrano, tal vez la suya fuera una muerte sin cita previa y sin anuncio, de esas muertes sin chambelán tan prácticas pero tan poco literarias. Murió donde quiso (no sé si como quiso) Miguel de Molina, mito y alegoría de la crónica contemporánea de la copla y sus suburbios, esquivada leyenda de un puñado de años claves de la historia inmediata de España. Murió encerrado en su brillante tozudez y altanería, aferrado al acento merengoso y dulzón de la tierra que le vio renacer, Buenos Aires, Argentina, América. Miguel era de memoria injustamente testaruda, convertida en ancla poderosa y profunda que jamás le dejó volver, aunque sólo fuera para hacer justicia al tango, que ha basado la mitad de su repertorio en justificar las vueltas a los escenarios apagados.

Pero nacer, nació en Málaga, en la Alameda, en una casa hermosa y soleada que pronto abandonó para ir a otra más humilde. Su in-

fancia fue tal cual, humilde y corta, revoltosa y enfrentada, curtida en las peleas con los niños de los Salesianos que le acusaban de afeinado y curtida en las estancias en los reformatorios a los que sus padres le enviaron no sé muy bien a qué. Un día que volvió tarde a casa tras haber visto un espectáculo, su padre le propinó la que iba a ser la última bofetada; al día siguiente cogió su hatillo y salió de Málaga. No volvió al teatro Cervantes en el que tanto soñó actuar. Murió sin atender los requerimientos de todos los malagueños que le reclamaron. Miguel era así. Y sin embargo, sé que murió con Mála-

ga en el corazón y, si me apuran, hasta en la boca. Conservaba de ella el recuerdo de algún amor furtivo mil veces negado y, especialmente, su milagroso acento. Sus palabras salían tintadas de una dulce mezcla de acento porteño y del muy concreto aire de La Caleda, a pesar de todos los años pasados, tantos y en tantos lugares.

Se enroló en compañías que precisaran de un apañado muchacho que cantara e imitara a las estrellas, que bailara y que tuviera tantas ganas de triunfar como po-

cas aspiraciones económicas. Le vieron pueblos y ciudades apuntar esas maneras provocadoras y brillantes, deslumbrantes casi, coloreadas y aparatosas. Vieron a un muchacho esbelto, atrevido, fioreado y valiente. Algún día le vio Amelia de Isaura y decidió ayudarlo. La Isaura era divertida, rompedora, caricatura viva que se anunciaba como maquietista, y necesitaba un complemento para sus varietés. Le debió gustar de Miguel ese aire innovador que le envolvía. Podía ser un complemento perfecto, y así fue.

Sus pantalones eran ajustados hasta el aprieto, sus blusas, en cambio, amplias y vaporosas, confeccionadas por él, hisopadas de lunares, con mangas de grandes velos -a veces decía él, parecían dos sartenes-, dobladas por grandes cuellos, sus manos estaban llenas de joyas, en un principio supongo que falsas, anillos con «carolos», monedas colgantes, pulse-

Los pantalones con que actuaba Miguel de Molina eran ajustados hasta el aprieto, sus blusas, en cambio, amplias y vaporosas, confeccionadas por él, hisopadas de lunares, dobladas por grandes cuellos y con mangas de grandes velos. Los rizos de su pelo eran tozudamente negros y brillantados y las pestañas que enredaban su mirada se veían largas y onduladas. Era, pues, la insolencia



QUE VERDES
TIBEL
QUINTILLA GITARA
EL ZORONGO
AGENTA DEL QUERER
DE MITA BORRITA
LA BIER PACA
TE QUERO
TE LO JURO TO
NANA DEL CARRIBELLO
DON THORSTRAQUE
LA ROSA Y EL VIENTO



1961